

FERNANDO SERRANO MIGALLÓN
El precio del miedo

El señor secretario de Hacienda hace algunos días dio a conocer una cifra estremecedora, la del costo de la inseguridad en México que corresponde a 1% del PIB, es decir, unos 100,000,000,000. Esta astronómica cifra de once ceros es el precio de nuestro miedo.

Hablar del costo que representan para nuestra economía las inversiones que no están llegando, los capitales que se han ido, los gastos erogados en protección y seguridad que no serán invertidos en proyectos productivos, en el precio de la corrupción y la transmisión de dinero ilícito por pago de rescates y lavado de dinero, nos pone a pensar en qué podría hacerse con 1% del PIB.

Por ejemplo, México gasta, en realidad, 0.35% del PIB en desarrollo científico y tecnológico; ello quiere decir que no apostamos al futuro sino a la urgencia, que nuestros errores sociales y políticos constituyen una erogación mayor de la que destinamos a crear nuevos talentos científicos y a explotar y promover los que ya tenemos; si no queremos hablar de lo que gastan naciones como Japón o Estados Unidos en desarrollo científico y tecnológico, sí podemos decir que países homólogos al nuestro, por ejemplo, Brasil o Chile, duplican al menos nuestras cifras y tan sólo el país lusosamericano doctora cinco veces más científicos de todas las áreas que nosotros; sin duda y en razón de su inversión educativa, serán países más ricos y mejor posicionados que el nuestro para la próxima generación.

Las familias mexicanas gastan —todo según datos oficiales— alrededor de 4.1% de su ingreso en educación y aunque el Estado destina hoy 7.1% del PIB a educación, esa cifra encierra algunos matices. Por ejemplo, el gasto por alumno está muy por abajo del promedio de los países miembros de la OCDE. Veamos, el costo por estudiante en educación superior es de alrededor de cinco mil dólares por cada uno de educación superior al año, mientras que el promedio de la OCDE es de ocho mil 134. Además, si vamos a resultados, los nuestros son francamente bajos por no decir que deprimentes. En su más reciente estudio la OCDE reveló que, de entre los 32 países encuestados, México ocupa el penúltimo lugar en comprensión de lectura, matemáticas y ciencias. Irlanda tiene el sitio 5, Corea del Sur el 6 y la República Checa el 19. Obtienen mejores resultados con menos gastos y es que,

entonces, la pregunta es: ¿cómo estamos gastando ese dinero?

Entre prebendas sindicales, gastos de dudosa comprobación y bajos niveles de capacitación, gastamos en discursos, ceremonias y otros eventos parecidos el costo que hace la diferencia entre un buen resultado académico y uno que francamente no lo es. De nuevo el ejemplo, casi 90% de los gastos educativos se destinan a salarios y aun con ello no podemos decir que el salario del maestro de primaria sea superior a lo que llamaríamos simplemente decoroso. Asimismo, ello indica que sólo alrededor de 10% está destinado a equipamiento, capacitación y mejora tecnológica. El ritmo de nuestro crecimiento demográfico, desde luego, implica que el crecimiento del gasto educativo no corresponde con el cre-

miento de la demanda, lo cual significa que cada día queda menos dinero para cada estudiante o cada docente. El costo del miedo, por su parte, se incrementa en la medida que vamos haciéndonos conscientes del terror y de la inseguridad que para cada uno de nosotros resulta de enfrentar la vida cotidiana.

Hace poco escuché a Ricardo Raphael afirmar que, en la investigación realizada para uno de sus libros, descubrió que las palabras más habituales que un niño de primaria escucha como instrucciones de sus maestros son: “cállate”, “fórmate” y “párate”. No me parece alentador como fuente de una educación crítica y formativa. Porque además corresponde a una educación para el miedo y la incomprensión de los fenómenos sociales de nuestro tiempo.

Hoy esas tres palabras son parte también de las instrucciones que los ciudadanos oímos para protegernos o cuando sufrimos los embates de la violencia y la delincuencia. Yo diría que parte de esos miles de millones de pesos que la violencia nos roba cada año podrían ser la diferencia entre nuestras carencias educativas y una esperanza de educación mejor para el futuro. Que ese dinero que no vemos porque no se gasta sino nunca ingresa en los presupuestos de nadie, haría la diferencia para lograr un país mejor educado si se invierte hoy en una ciudadanía más libre, más consciente y mejor dotada para prevenir y combatir la delincuencia y la injusticia, fuentes de la más acre violencia que hayamos vivido los mexicanos en muchas décadas.

fernando.serrano@cide.edu

